

La ciudad

entre la tierra y el mar

Rafael Carías

"El medio físico o geográfico marca a los individuos con rasgos más o menos comunes tanto físicos como psíquicos."

JAWAD BOULOS

(La Geografía, factor esencial de la Historia.)

Alejandro Humboldt admiró la tolerante, inquisitiva y benévola actitud del caraqueño. La ciudad que visitó hace 160 años tenía una fisonomía completamente lograda. Los rasgos estaban determinados por la vida apacible del valle cultivado y la apertura propia del cercano litoral. Remanso tradicional de la agricultura conjugado con el espíritu curioso y liberal del hombre del puerto que se abre hacia el mar.

Caracas, observa Humboldt, fue construida lo más cerca posible al puerto. Entre toda la extensión del valle se prefirió el extremo más occidental, situación menos favorable para la estructuración urbana, pero más estratégica.

Existe un balance entre la mansedumbre y conformismo rurícola de una parte y el genio de horizontes abiertos al encuentro de mil caminos y mil pensamientos, de otra parte. En su posición receptiva para con los visitantes este segundo elemento ha predominado en la fisonomía del caraqueño.

La benevolencia y apertura de Caracas ha acogido llanamente las continuas migraciones internas y a los emigrantes de los últimos veinticinco años. Se ha formado una megalópolis, pero con todo no se ha borrado su fisonomía característica, que se ha defendido en el

baluarte del estilo de vida conservador y cauto del hombre de las plantaciones en su valle rodeado de montañas.

Pocas ciudades del mundo poseen esa doble polaridad de la tipología del mar y de la tierra adentro. Esta doble vertiente la capacita para aceptar nuevos pueblos (receptividad y apertura) sin perder su distinción ni convertirse en cosmópolis (tradicición y moderación). El mar acoge a los hombres y las ideas, mas los bordes altos del valle ponen freno al cosmopolitismo.

El caraqueño de antaño está ahí todavía, perpetuado en el caraqueño de hoy, ampliamente instalado en San Juan, puerta de la provincia, firmemente compacto en las casas de teja de la Pastora, disperso pero inequívoco en las quintas blancas de los suburbios del Este. Ese es el hombre que hoy celebra el Cuarto Centenario de su ciudad.

La gracia del decir

Lo podemos reconocer: Ante todo, por su sentido del humor. Una vena submarina de humor irrumpe aquí y allá en observaciones finas, ironías delicadas y una franca sonrisa que desmiente toda sospecha de amargura.

Basta leer las crónicas de Lucas Manzano para ver a sus personajes reflejados en la palabra del comentarista agradable que sabe convertir lo embarazoso en jovial mediante una observación llena de gracia. Aun la ironía mordaz de Vallenilla Lanz ofrece a ratos un humor menos maligno.

El humor del caraqueño no es fruto de la desilusión, sino brota de un optimismo subyacente que sabe mirar la vida por el ángulo menos triste. Es convertir en vida

propia aquello de "a mal tiempo buena cara". La tónica es rebajar lo negativo con la presentación de lo gracioso, distrayendo el ánimo hacia lo humorístico y ahogando lo desagradable en un mar de ocurrencias.

Naturalmente, el visitante encuentra placentera esa bonhomía que pasa tan fácilmente de lo trágico a lo ridículo y no conoce ni imprecaciones violentas ni lamentos sin esperanzas.

El forastero concluye que con el caraqueño es fácil convivir.

Hospitalidad comedida

Hemos empleado la palabra *convivencia*. Ciertamente, hay que matizarla. Convivir es algo más que dejar estar, más que la tolerancia del hombre educado, mucho más que la convivencia del slogan político. Convivencia es aquí equivalente a hospitalidad. El caraqueño es hospitalario, pero sin la efusividad de las puertas y los brazos abiertos del oriental y del zuliano. Su hospitalidad es comedida. Tiene la ventana abierta y posiblemente la puerta entrecerrada. Se evidencia aquí la posición intermedia entre el mar y la tierra con que hemos caracterizado la ciudad.

La actitud no es recelosa y llena de atisbos como la del hombre de la sierra, pero en cambio tiene la despreocupación hacia los que no "pertenecen" propia del espíritu de clase o de casta. Esta actitud es bastante general aun entre aquellos que no se autodenominan "godos".

La apertura se manifiesta hacia lo cultural y el mundo de las ideas. La afinidad cultural —y profesional— es lo que en fin de cuentas tiende el puente entre el recién llegado y la sociedad. Los ideólogos son recibidos con entusiasmo.

Apenas existe una sociabilidad basada en los solos valores de la comunicación humana. Mientras la acogida a los artistas y literatos es efímera, no son raros los encuentros armoniosos en el plano ideológico. La hospitalidad indiscriminadamente efusiva propia del hombre del mar se ha restringido a la fundada en la admiración o coincidencia de las ideas. Esta es una característica que revela el exclusivismo reservado propio del serrano, quien no trata con cualquiera, sino con quien está a la par o por encima de él con esa arrogancia de una afinidad aristocrática. Todo esto hace que, si bien no hay hostilidad, la hospitalidad sea comedida.

La ciudad y el hombre

El caraqueño está a gusto en Caracas. El mar que tiene cerca no lo solicita hacia lo desconocido. Ama a su ciudad. Se encuentra como en casa propia en San José de casas pequeñas o en la Pastora de calles empinadas. El nombre de cada esquina: San Rafael, Torrero, Caja de Agua, es una palabra mágica que le abre el secreto de muchas leyendas y de vivencias personales e insustituibles.

Los cuatrocientos años de historia han pesado mucho en el caraqueño. Cuando tiene que alejarse del centro de la ciudad lo hace con profunda nostalgia. Definitivamente, es hombre de la urbe. Ella lo hizo, y le ofrece su habitat. Es reacción al campo, al exterior y, con mayor razón, al interior del país. Típica es esta expresión de un profesional: Yo no viajo, soy esencialmente urbano.

¿Cuál es, pues, el hechizo que Caracas tiene sobre sus habitantes? Consideramos algo secundario el marco natural del clima y del paisaje: la niebla mañanera, la cortina esmeralda del Avila y el tibio atardecer que derrama el aire marino desde el abra de occidente.

La razón fundamental hay que buscarla en el ambiente hecho por el hombre donde transcurre su vida firmemente soldada a determinadas estructuras urbanas. Las tertulias en la esquina de Principal —tienen que ser en esa esquina— o el juego de dominó junto al Teatro Caracas —y no en otro sitio— poseen más sabor y más garra que

las “nuevas” experiencias de un viaje por la autopista o el paisaje de la costa.

El hombre hizo las instituciones y ha quedado prisionero de ellas. Institución urbana es la Plaza Bolívar o el reloj de la Catedral, cuya hora es pregonada por radio como la señal más auténtica del tiempo. Los londinenses podrán tener su Big-Ben, pero los caraqueños se ufanan del reloj de la Torre. La Ceiba de San Francisco es otra institución. Estos y otros puntos de referencia, como la Casa Natal del Libertador, el Nuevo Circo o la Quinta Anauco, son como estrellas fijas de una constelación que ha enmarcado la vida urbana del caraqueño.

Podría pensarse que sería válida la vertiente de ciudad-puerto para lanzar sus hijos a los siete mares como lo hicieron Grecia, Fenicia y Albión; pero no, Caracas, encasillada en las montañas, no produce cosmopolitas, sino hombres urbanos tenazmente aferrados a este valle y sus instituciones. Estas podrán cambiar con la picota del tiempo, y la generación que nació en el Este podrá no saber nada del Paseo del Cerro del Calvario o de la Avenida Páez, pero estará clavada a otros hierros que podrán llamarse Plaza Altamira o la Cota Mil. Los rincones del habitat han cambiado de figura y de nombre, pero siguen ejerciendo el reconocido embrujo al agrupar en torno suyo hombres tranquilos y conformes de cultura de montaña, risueñamente amables y de gracioso hablar.

Cultura fría y racional

El caraqueño es moderado. Como su clima. Como su historia. Nada de extravagancias. Nada de alardes aventurados. Ni aventuras industriales. Ni comerciales. La moderación es el límite de su tolerancia. A los melencidos del Brasil no se les permitió salir a la calle. Las actitudes religiosas equidistan de la abstención y del exceso supersticioso. Hay una piedad religiosa seria, consecuente, ligeramente formal. No es efusivo en estas prácticas de fe porque apenas es efusivo en ningún otro aspecto de la vida pública, si excluimos las corridas de toros. Cierta tibia timidez lo caracteriza. Pue-

de observarse en la calle, en sus gestos, en la voz que raramente levanta.

Esto se podría llamar, por darle un nombre, moderación. La palabra, con todo, no dice la complejidad de los factores que integran este fenómeno: tradición, madurez cívica, espíritu de grupo, convencionalismo. Parece ser en todo caso una consecuencia del espíritu urbano.

Comedido, ajeno a actitudes apasionadas, el caraqueño posee un carácter constante y uniforme, que usa la razón conjugada con los patrones de conducta recibidos y aceptados. Caracas, al cabo de su larga historia, ha producido frutos de reconocido desarrollo cívico.

Con este rasgo decididamente positivo el caraqueño es el hombre dedicado y racional apto para consagrarse a una tarea intelectual y científica.

Algo más que ser-ahí

En resumen, los rasgos que hemos destacado son los siguientes: sentido de humor, hospitalidad, amor a la ciudad y expresividad moderada. En todo el conjunto está la impronta de la ciudad y del medio sobre el hombre que refleja una positiva salud mental y un carácter equilibrado. A pesar del terror de los enemigos de las megalópolis, la influencia de Caracas sobre sus hombres nos da un balance más bien positivo. Como su ciudad, el caraqueño es ambivalente: abierto y cerrado, amplio para la cultura y las ideas, pero limitado para la creación y expresión de los sentimientos. Liberal en las ideologías y curiosidad científica, pero conservador en sus mores y comunicación social. Mar y valle. Más valle que mar. Más satisfacción y resguardo propios que salir al encuentro del completamente extraño.

El mar con su apertura sirvió para la entrada. El valle limitó los horizontes y borró los caminos hacia afuera. ¿Un inmenso embudo? Tal vez. Como su geografía, la fisonomía del caraqueño es privilegiada. Mas su quehacer debe exceder la inmovilidad geográfica y a los cuatro siglos de existencia de su ciudad es necesario que piense ser algo más que estar ahí —satisfecho— entre la tierra y el mar.